

FE, ESPERANZA Y CARIDAD



Juan Jesús Pérez Marcos, OP

«La respuesta al Dios que no creó, nos cuida, nos ama, se nos manifiesta y quiere hacernos partícipes de su vida, buscando para nosotros lo mejor, toma la forma por parte del hombre de una vida de fe en Dios, de esperanza en Dios y de amor a Dios. A una vida según esta triple actitud le llamamos vida teologal, vida referida y orientada hacia Dios.

La iniciativa del encuentro viene de Dios. Él es quien suscita y sostiene la respuesta del ser humano. Pero nuestra respuesta, aun segunda, es fundamental para realizar el encuentro que Dios desea. Además, cuando el hombre se decide a responder a la llamada de Dios, su vida toda recibe una nueva orientación, es una vida transformada, una vida nueva.»

Formación.

VIDA TEOLOGAL

**Fraternidad Laical de Santo Domingo
de Guzmán «Dulce Nombre de Jesús»
Jaén**

Fr. Martín Gelabert, OP

Índice

	<u>Pág.</u>
Introducción	4
Catecismo de la Iglesia Católica	7
LAS VIRTUDES.....	9
I. Las virtudes humanas.....	10
II. Las virtudes teologales.....	12
III. Dones y frutos del Espíritu Santo.....	16
Fe	18
DEFINICIÓN.....	18
DIOS EN LA HISTORIA.....	18
DIOS EN JESUCRISTO.....	19
JESÚS CONDUCE AL PADRE.....	20
LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO.....	20
Esperanza	22
EL CONTENIDO DE LA ESPERANZA.....	22
EL MOTIVO DE LA ESPERANZA.....	23
El amor de Dios.....	23
El poder de Dios.....	24
EL SUJETO DE LA ESPERANZA.....	25
Caridad	26
LA CARIDAD ES... ..	26
AMAR A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS.....	27
Dios es amor.....	27
La revelación del amor de Dios.....	27
AMAR AL PRÓJIMO COMO A UNO MISMO.....	29
El prójimo.....	29

Eclesiología – Aproximación al Misterio de la Iglesia

La caridad y las dimensiones de la vida	30
Caridad y Justicia.....	30
DAR LA ESPALDA A LA CARIDAD.....	31

INTRODUCCIÓN¹

El que está en Cristo es una nueva creación (2 Co 5,17). Esta nueva orientación de la existencia en Cristo está caracterizada por una vida en fe, en esperanza y en caridad; una vida teologal. Dios quiere establecer con la humanidad, por medio de Cristo, una nueva relación, revelándose y dándose a conocer (fe); quiere suscitar la certeza de que la salvación se ha cumplido ya y se cumplirá (esperanza); y manifestar su ser íntimo de amor (caridad). De aquí que estas virtudes teologales se refieran directamente a Dios. Disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino.

¿Por qué «virtud» y por qué «teologal»?

Para Sto. Tomás de Aquino la **virtud** es el *habitus² operativus bonus³*. Esto es, una disposición permanente que nos mueve a obrar pronta, agradable, voluntaria y firmemente en una determinada dirección, conduciendo nuestros actos y nuestra vida a un determinado fin, que es el bien. En el caso de las virtudes teologales, el fin es la vida eterna⁴. Por otro lado, **teologal** para diferenciarlas de las virtudes cardinales: prudencia, justicia, fortaleza y templanza. La fe, la esperanza y la caridad son virtudes propiamente divinas porque el encuentro o unión con Dios excede las posibilidades de la naturaleza humana y sólo es posible si es Dios el que se dirige al ser humano y lo atrae hacia sí⁵.

La fe, la esperanza y la caridad tienden a un encuentro inmediato con Dios, si bien cada una considera y acoge a Dios desde una perspectiva diferente: la fe como Palabra revelada, la esperanza como Promesa cierta y la caridad como Amor incondicional. La fe busca ver a Dios, la esperanza poseerle y la caridad gozar de él⁶.

¹ El presente trabajo ha tomado como manual de base a GELABERT BALLESTER, M., *Para encontrar a Dios*, Horizonte Dos Mil - Textos y Monografías, n. 26, San Esteban, Salamanca y EDIBESA, Madrid, 2002.

² Referido a las virtudes teologales será un hábito infuso, en cuanto que producido por Dios en nosotros sin intervención nuestra (Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, 55,4; 63,2). Además, es considerado hábito porque, primero, se entiende como un proceso de adopción de nuevas actitudes y, segundo, porque tendremos que luchar contra obstáculos como la indredulidad (VS fe), desesperanza (VS esperanza) y el egoísmo (VS caridad).

³ Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, 55, 3

⁴ Sto. Tomás de Aquino, *De Veritate*, 14, 3, *sed contra* 1.

⁵ Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, 51,4.

⁶ Sto. Tomás de Aquino, *De Veritate*, 14, 5, arg. 5.

Estas tres virtudes son las formas diversas en las que la gracia divina se expresa en la complejidad del ser humano. La presencia del Espíritu Santo en el ser humano se traduce en un principio de vida nueva del que fluyen la fe, la esperanza y el amor. Esta gracia divina, lejos de oponerse a lo humano, lo eleva y perfecciona pues, insertándose en la realidad cognoscitiva y volitiva del ser humano⁷, eleva las capacidades de éste adaptando sus facultades a la participación de la naturaleza divina⁸. Por la fe se eleva el entendimiento hasta la confesión de Jesús como Señor; la memoria es elevada hasta la esperanza que recuerda la Resurrección del Crucificado; la voluntad humana es elevada, desde la evidencia del amor a sí mismo, hasta la decisión de dejarse amar por Dios para amar con y en Él. Más aún, tales virtudes tienen la capacidad de regenerar las distintas dimensiones y capacidades del ser humano porque son un reflejo del misterio de Dios que previamente han encontrado: la fe es acogida de la Palabra (Rm 10, 8.17) y transparencia de la Palabra en la vida del creyente (Gal 2, 20); la esperanza es reflejo del Espíritu Santo, primicia de la nueva creación ya comenzada (Rm 8, 23) y anticipación del futuro prometido de la gloria de Dios «todo en todos» (1 Co 17, 28); la caridad es reflejo del Padre (1 Jn 4, 8.16). La fe, la esperanza y la caridad están estrechamente unidas, pues brotan de la misma fuente (Dios) y tienden al mismo fin (Dios). Están entre sí enlazadas siendo una huella de la Trinidad en las potencias humanas.

En Jesús de Nazaret encontramos el modelo más perfecto y acabado de vida teologal: vive totalmente orientado hacia Dios cumpliendo perfectamente y de una vez por todas su voluntad. Ahora bien, Jesús vive esta vida teologal en una situación humana: «nos dio ejemplo para seguir sus pasos y, además, abrió el camino con cuyo seguimiento la vida y la muerte se santifican y adquieren nuevo sentido.»⁹ Jesús abre un camino y quienes seguimos a Cristo vivimos su vida y su muerte teologalmente, orientados hacia Dios.

El misterio de la Encarnación no consiste en afirmar que Cristo vivió bajo una forma humana, sino en que asumió, sin anularla, una naturaleza humana. Por tanto, en la fe, la esperanza y el amor el ser humano se encuentra con Dios. Pero se encuentra con él desde y en una situación terrena, humana. Este carácter encarnatorio de la comunicación de Dios a los hombres no es únicamente pedagógico; es constitutivo. Que Dios se exprese a nuestra manera resulta expresión de amor y plenitud más que de defecto. En la vida teologal entramos en contacto inmediato con Dios en una mediación sacramental: para la fe son la Escritura y la predicación de

⁷ Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, 56, 1.

⁸ CCE n. 1812.

⁹ *Gaudium et Spes*, 22.

la Palabra; para la esperanza, la oración y la construcción del Reino de Dios; para la caridad, el amor al prójimo.

En el presente trabajo intentaremos hacer el camino en busca de la verdad que nos da la vida. En un recorrido en dos tiempos, pasaremos primero por la explicación que sobre las virtudes teologales nos da la propia Iglesia a través de su Catecismo y, después, por la reflexión y estudio del Maestro en Teología fray Martín Gelabert, OP. Estos dos tiempos también se van a ver reflejados dentro de cada una de las partes porque, como lo divino no anula a lo humano, veremos las virtudes humanas -también conocidas como cardinales- y cómo se concreta la vida teologal en nuestro día a día.

Como observación, el lector podrá ver que cuando se expone el tema de las virtudes según el Catecismo de la Iglesia Católica (CCE), en su última parte, se habla también del Espíritu Santo, sus dones y sus frutos. Es él quien nos impulsa y anima; luego tendremos que saber qué nos ofrece y qué nos produce en nuestra vida cristiana.

Finalmente, aunque durante la exposición del presente texto hay sugeridas algunas preguntas directas que invitan a la reflexión y a la oración, no se ha diseñado ningún cuestionario de preguntas, sino que lo propio sería que a nivel tanto individual como comunitario se vayan verbalizando las preguntas indirectas que del mismo surgen y se respondan con disposición y disponibilidad a la acción del Espíritu Santo.

CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA

La fe, la esperanza y la caridad designan cada una la realidad completa de la salvación como don de Dios y como respuesta del hombre. Cada una expresa la novedad y la originalidad de la vida nueva que procede de Cristo y del Espíritu. La tríada teologal caracteriza la nueva existencia en Cristo, manifiesta el acontecimiento cristológico en su significación última, lo que Dios ha querido de sí mismo y la orientación que Él quiere imprimir a toda la vida humana. Ofrecen sentido a la existencia y es capaz de transfigurar la vida entera: en Cristo, Dios se da a conocer; suscita la esperanza de la salvación; y manifiesta su Amor incondicional a todos y cada uno de los hombres.

El encuentro con Dios no niega lo humano, sino que lo reafirma y lo supone. El camino que conduce a la santidad pasa a través de la propia maduración. La gracia supone la naturaleza¹⁰. La fe como encuentro personal abarca a la totalidad de la persona, con su inteligencia, su voluntad y sus sentimientos; es la respuesta a una oferta de amor y posibilidad de participar en la vida del amado, en su pensamiento, en su manera de ver. La fe es el compromiso del hombre entero con la única Verdad, un compromiso con el Dios vivo que nos sale al encuentro. La esperanza es una realidad humana, una dimensión antropológica fundamental, pues uno espera seguir viviendo y vivir mejor; así, posibilita en el cristiano su esperanza en Dios y explica su apertura al futuro prometido por Dios del cual tenemos conciencia y deseo. La caridad (el amor) es la fuerza fundamental que pone en movimiento todas las otras fuerzas del ser humano, las estimula o las paraliza, las dirige hacia lo bueno y constructivo o hacia lo malo y destructivo. El amor es el destino del ser humano.

Por esto mismo, a continuación, se expondrá lo que sobre las virtudes habla el Catecismo de la Iglesia Católica. Y, como el encuentro con Dios no niega lo humano, como antes hemos dicho, se comenzará por exponer las virtudes cardinales, las humanas –prudencia, justicia, fortaleza y templanza–, para después pasar a las teologales: fe, esperanza y caridad. Finalmente, tal y como dice el número 1830 del Catecismo, «la vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo» y a Éste habremos de invocar para el estudio y la oración de este trabajo de formación y contemplación.

Sin embargo, antes de seguir profundizando esta materia, nos gustaría ofrecer unas definiciones «sencillas» sobre la fe, la esperanza y la caridad ofrecidas por el YOUCAT¹¹, el Catecismo Joven de la Iglesia Católica, con la clara intención de comenzar nuestra reflexión con

¹⁰ Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I, 2, 2, *ad* 1; I, 1, 8, *ad* 2; *De Veritate*, 14, 9, *ad* 8.

¹¹ SCHÖNBORN, Christoph (dir.) [Arzobispo de Viena. Dominicó], *YOUCAT. Jugendkatechismus der Katholischen Kirche*, Pattlog Verlag GmbH & Co. KG, Múnich, 2011. **La edición española.** *YOUCAT. Catecismo Joven de la Iglesia Católica*, Encuentro, Madrid, 2013 (13ª ed.), nn. 305–309, pp. 174–176.

espíritu joven y rejuvenecido. (Tratemos primero de responder a las preguntas sin ver las respuestas)

1. ¿Cuáles son las tres virtudes teologales?

Las virtudes teologales son fe, esperanza y caridad. Se llaman «teologales» porque tienen su fundamento en Dios, se refieren inmediatamente a Dios y son para nosotros los hombres el camino para acceder a Dios.¹²

2. ¿Por qué son virtudes la fe, la esperanza y la caridad?

También la fe, la esperanza y la caridad son verdaderas fuerzas, ciertamente concedidas por Dios, que el hombre puede desarrollar y consolidar con la ayuda de Dios para obtener «vida abundante» (Jn 10, 10).¹³

3. ¿Qué es la fe?

La fe es la virtud por la que asentimos a Dios, reconocemos su verdad y nos vinculamos personalmente a él.¹⁴

La fe es el camino creado por Dios para acceder a la verdad, que es Dios mismo. Puesto que Jesús es «el camino y la verdad y la vida» (Jn 14, 6) esta fe no puede ser una mera actitud, una «credulidad» en cualquier cosa. Por un lado la fe tiene contenidos claros, que la Iglesia confiesa en el Credo (símbolo/confesión de fe) y que está cargada de custodiar. Quien acepta el don de la fe, quien por tanto quiere creer, confiesa esta fe mantenida fielmente a través de los tiempos y las culturas. Por otra parte, la fe consiste en la relación de confianza con Dios, con el corazón y la inteligencia, con todas las emociones. Porque la fe «actúa por el amor» (Gal 5, 6). Si alguien cree realmente en el Dios del amor, lo demuestra no en sus proclamaciones, sino en sus actos de amor.

4. ¿Qué es la esperanza?

La esperanza es la virtud por la que anhelamos, con fortaleza y constancia, aquello para lo que estamos en la tierra: para alabar y servir a Dios; aquello en lo que consiste nuestra verdadera felicidad: encontrar en Dios nuestra plenitud; y en donde está nuestra morada definitiva: Dios.¹⁵

¹² Cfr. nn. 1812-1813 CCE.

¹³ Cfr. nn. 1812-1813 CCE.

¹⁴ Cfr. nn. 1814-1816 CCE.

¹⁵ Cfr. nn. 1817-1821 CCE.

La esperanza es confianza en lo que Dios nos ha prometido en la Creación, en los profetas y, especialmente, en Jesucristo, aunque todavía no lo veamos. Para que podamos esperar con paciencia la verdad se nos da el Espíritu Santo de Dios.

5. ¿Qué es la caridad?

La caridad es la virtud por la que nosotros, que hemos sido amados primero por Dios, nos podemos entregar a Dios para unirnos a él y podemos aceptar a los demás, por amor a Dios, tan incondicional y cordialmente como nos aceptamos a nosotros mismos.¹⁶

Jesús coloca la caridad por encima de todas las leyes, sin abolirlas por ello. Con razón, por tanto, dice san Agustín: «Ama y haz lo que quieres». Lo que no es tan fácil como parece. Por ello la caridad es la mayor de las virtudes, la energía que anima a las demás y las llena de vida divina.

Catechismus Catholicae Ecclesiae

La vida en Cristo

La vocación del ser humano: la vida en el Espíritu

La dignidad de la persona humana

LAS VIRTUDES

1803 «Todo cuanto hay de verdadero, de noble, de justo, de puro, de amable, de honorable, todo cuanto sea virtud y cosa digna de elogio, todo eso tenedlo en cuenta» (Flp 4, 8).

La virtud es una disposición habitual y firme a hacer el bien¹⁷. Permite a la persona no sólo realizar actos buenos, sino dar lo mejor de sí misma. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende hacia el bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas.

«El objetivo de una vida virtuosa consiste en llegar a ser semejante a Dios» (San Gregorio de Nisa, *De beatitudinibus*, oratio 1).

¹⁶ Cfr. nn. 1822-1829 CCE.

¹⁷ **CCE n. 1733** En la medida en que el hombre hace más el bien, se va haciendo también más libre. No hay verdadera libertad sino en el servicio del bien y de la justicia. La elección de la desobediencia y del mal es un abuso de la libertad y conduce a la esclavitud del pecado (Rm 6, 17).

I. Las virtudes humanas

1804 Las *virtudes humanas* son actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena. El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien.

Las virtudes morales se adquieren mediante las fuerzas humanas. Son los frutos y los gérmenes de los actos moralmente buenos. Disponen todas las potencias del ser humano para armonizarse con el amor divino.

Distinción de las virtudes cardinales

1805 Cuatro virtudes desempeñan un papel fundamental. Por eso se las llama «cardinales»; todas las demás se agrupan en torno a ellas. Estas son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza. «¿Amas la justicia? Las virtudes son el fruto de sus esfuerzos, pues ella enseña la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza» (Sb 8, 7). Bajo otros nombres, estas virtudes son alabadas en numerosos pasajes de la Escritura.

1806 La *prudencia* es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo. «El hombre cauto medita sus pasos» (Pr 14, 15)¹⁸. «Sed sensatos y sobrios para daros a la oración» (1 P 4, 7). La prudencia es la «regla recta de la acción», escribe santo Tomás (*Summa Theologiae*, 2-2, q. 47, a. 2, *sed contra*), siguiendo a Aristóteles. No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la disimulación. Es llamada *auriga virtutum*: conduce las otras virtudes indicándoles regla y medida. Es la prudencia quien guía directamente el juicio de conciencia. El hombre prudente decide y ordena su conducta según este juicio¹⁹. Gracias a

¹⁸ **CCE n. 1788** Para esto, el hombre se esfuerza por interpretar los datos de la experiencia y los signos de los tiempos gracias a la virtud de la prudencia, los consejos de las personas entendidas y la ayuda del Espíritu Santo y de sus dones.

¹⁹ **CCE n. 1780** La dignidad de la persona humana implica y exige la *rectitud de la conciencia moral*. La conciencia moral comprende la percepción de los principios de la moralidad («sindéresis»), su aplicación a las circunstancias concretas mediante un discernimiento práctico de las razones y de los bienes, y en definitiva el juicio formado sobre los actos concretos que se van a realizar o se han realizado. La verdad sobre el bien moral, declarada

esta virtud aplicamos sin error los principios morales a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar.

1807 La *justicia* es la virtud moral que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que les es debido. La justicia para con Dios es llamada «la virtud de la religión». Para con los hombres, la justicia dispone a respetar los derechos de cada uno y a establecer en las relaciones humanas la armonía que promueve la equidad respecto a las personas y al bien común. El hombre justo, evocado con frecuencia en las Sagradas Escrituras, se distingue por la rectitud habitual de sus pensamientos y de su conducta con el prójimo. «Siendo juez no hagas injusticia, ni por favor del pobre, ni por respeto al grande: con justicia juzgarás a tu prójimo» (Lv 19, 15). «Amos, dad a vuestros esclavos lo que es justo y equitativo, teniendo presente que también vosotros tenéis un Amo en el cielo» (Col 4, 1).

1808 La *fortaleza* es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones. Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa. «Mi fuerza y mi cántico es el Señor» (Sal 118, 14). «En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo» (Jn 16, 33).

1809 La *templanza* es la virtud moral que modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad. La persona moderada orienta hacia el bien sus apetitos sensibles, guarda una sana discreción y no se deja arrastrar «para seguir la pasión de su corazón» (Si 5,2; 37, 27-31). La templanza es a menudo alabada en el Antiguo Testamento: «No vayas detrás de tus pasiones, tus deseos refrena» (Si 18, 30). En el Nuevo Testamento es llamada «moderación» o «sobriedad». Debemos «vivir con moderación, justicia y piedad en el siglo presente» (Tt 2, 12). «Nada hay para el sumo bien como amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente. [...] lo cual preserva de la corrupción y de la impureza del amor, que es

en la ley de la razón, es reconocida práctica y concretamente por el *dictamen prudente* de la conciencia. Se llama prudente al hombre que elige conforme a este dictamen o juicio.

los propio de la templanza; lo que le hace invencible a todas las incomodidades, que es lo propio de la fortaleza; lo que le hace renunciar a todo otro vasallaje, que es lo propio de la justicia, y, finalmente, lo que le hace estar siempre en guardia para discernir las cosas y no dejarse engañar subrepticamente por la mentira y la falacia, lo que es propio de la prudencia» (San Agustín, *De moribus Ecclesiae Catholicae*, 1, 25, 46).

Las virtudes y la gracia

1810 Las virtudes humanas adquiridas mediante la educación, mediante actos deliberados, y una perseverancia, mantenida siempre en el esfuerzo, son purificadas y elevadas por la gracia divina. Con la ayuda de Dios forjan el carácter y dan soltura en la práctica del bien. El hombre virtuoso es feliz al practicarlas.

1811 Para el hombre herido por el pecado no es fácil guardar el equilibrio moral. El don de la salvación por Cristo nos otorga la gracia necesaria para perseverar en la búsqueda de las virtudes. Cada cual debe pedir siempre esta gracia de luz y de fortaleza, recurrir a los sacramentos, cooperar con el Espíritu Santo, seguir sus invitaciones a amar el bien y guardarse del mal.

II. Las virtudes teologales

1812 Las virtudes humanas se arraigan en las virtudes teologales que adaptan las facultades del hombre a la participación de la naturaleza divina (2 P 1, 4). Las virtudes teologales se refieren directamente a Dios. Disponen a los cristianos a vivir en relación con la Santísima Trinidad. Tienen como origen, motivo y objeto a Dios Uno y Trino.

1813 Las virtudes teologales fundan, animan y caracterizan el obrar moral del cristiano. Informan y vivifican todas las virtudes morales. Son infundidas por Dios en el alma de los fieles para hacerlos capaces de obrar como hijos suyos y merecer la vida eterna. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano. Tres son las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad (1 Co 13, 13).

La fe

1814 La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y en todo lo que Él nos ha dicho y revelado, y que la Santa Iglesia nos propone, porque Él es la verdad misma. Por la fe «el hombre se entrega entera y libremente a Dios» (DV 5). Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. «El justo [...] vivirá por la fe» (Rm 1, 17). La fe viva «actúa por la caridad» (Ga 5, 6).

1815 El don de la fe permanece en el que no ha pecado contra ella (Concilio de Trento: DS 1545). Pero, «la fe sin obras está muerta» (St 2, 26): privada de la esperanza y de la caridad, la fe no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo.

1816 El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: «Todos [...] vivan preparados para confesar a Cristo ante los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia» (LG 42; DH 14). El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación: «Todo [...] aquel que se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos; pero a quien me niegue ante los hombres, le negaré yo también ante mi Padre que está en los cielos» (Mt 10, 32-33).

La esperanza

1817 La esperanza es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. «Mantengamos firme la confesión de la esperanza, pues fiel es el autor de la promesa» (Hb 10,23). «El Espíritu Santo que Él derramó sobre nosotros con largueza por medio de Jesucristo nuestro Salvador para que, justificados por su gracia, fuésemos constituidos herederos, en esperanza, de vida eterna» (Tt 3, 6-7).

1818 La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad.

- 1819** La esperanza cristiana recoge y perfecciona la esperanza del pueblo elegido que tiene su origen y su modelo en la *esperanza de Abraham* en las promesas de Dios; esperanza colmada en Isaac y purificada por la prueba del sacrificio (Gn 17, 4-8; 22, 1-18). «Esperando contra toda esperanza, creyó y fue hecho padre de muchas naciones» (Rm 4, 18).
- 1820** La esperanza cristiana se manifiesta desde el comienzo de la predicación de Jesús en la proclamación de las bienaventuranzas. Las *bienaventuranzas* elevan nuestra esperanza hacia el cielo como hacia la nueva tierra prometida; trazan el camino hacia ella a través de las pruebas que esperan a los discípulos de Jesús. Pero por los méritos de Jesucristo y de su pasión, Dios nos guarda en «la esperanza que no falla» (Rm 5, 5). La esperanza es «el ancla del alma», segura y firme, que penetra... «a donde entró por nosotros como precursor Jesús» (Hb 6, 19-20). Es también un arma que nos protege en el combate de la salvación: «Revistamos la coraza de la fe y de la caridad, con el yelmo de la esperanza de salvación» (1 Ts 5, 8). Nos procura el gozo en la prueba misma: «Con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación» (Rm 12, 12). Se expresa y se alimenta en la oración, particularmente en la del *Padre Nuestro*, resumen de todo lo que la esperanza nos hace desear.
- 1821** Podemos, por tanto, esperar la gloria del cielo prometida por Dios a los que le aman (Rm 8, 28-30) y hacen su voluntad (Mt 7, 21). En toda circunstancia, cada uno debe esperar, con la gracia de Dios, «perseverar hasta el fin» (Mt 10, 22; Concilio de Trento: DS 1541) y obtener el gozo del cielo, como eterna recompensa de Dios por las obras buenas realizadas con la gracia de Cristo. En la esperanza, la Iglesia implora que «todos los hombres [...] se salven» (1 Tm 2, 4). Espera estar en la gloria del cielo unida a Cristo, su esposo: «Espera, espera, que no sabes cuándo vendrá el día ni la hora. Vela con cuidado, que todo se pasa con brevedad, aunque tu deseo hace lo cierto dudoso, y el tiempo breve largo. Mira que mientras más peleares, más mostrarás el amor que tienes a tu Dios y más te gozarás con tu Amado con gozo y deleite que no puede tener fin» (Santa Teresa de Jesús, *Exclamaciones del alma a Dios*, 15, 3)

La caridad

1822 La caridad es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios.

1823 Jesús hace de la caridad el *mandamiento nuevo* (Jn 13, 34). Amando a los suyos «hasta el fin» (Jn 13, 1), manifiesta el amor del Padre que ha recibido. Amándose unos a otros, los discípulos imitan el amor de Jesús que reciben también en ellos. Por eso Jesús dice: «Como el Padre me amó, yo también os he amado a vosotros; permaneced en mi amor» (Jn 15, 9). Y también: «Este es el mandamiento mío, que os améis unos a otros como yo os he amado» (Jn 15, 12).

1824 Fruto del Espíritu y plenitud de la ley, la caridad guarda los *mandamientos* de Dios y de Cristo: «Permaneced en mi amor. Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor» (Jn 15, 9-10; Mt 22, 40; Rm 13, 8-10).

1825 Cristo murió por amor a nosotros cuando éramos todavía «enemigos» (Rm 5, 10). El Señor nos pide que amemos como Él hasta a nuestros *enemigos* (Mt 5, 44), que nos hagamos prójimos del más lejano (Lc 10, 27-37), que amemos a los niños (Mc 9, 37) y a los pobres como a Él mismo (Mt 25, 40.45).

El apóstol san Pablo ofrece una descripción incomparable de la caridad: «La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta» (1 Co 13, 4-7).

1826 Si no tengo caridad –dice también el apóstol– «nada soy...». Y todo lo que es privilegio, servicio, virtud misma... si no tengo caridad, «nada me aprovecha» (1 Co 13, 1-4). La caridad es superior a todas las virtudes. Es la primera de las virtudes teologales: «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero *la mayor de todas ellas es la caridad*» (1 Co 13,13).

1827 El ejercicio de todas las virtudes está animado e inspirado por la caridad. Esta es «el vínculo de la perfección» (Col 3, 14); es la *forma de las virtudes*, las articula y las ordena entre sí;

es fuente y término de su práctica cristiana. La caridad asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino.

1828 La práctica de la vida moral animada por la caridad da al cristiano la libertad espiritual de los hijos de Dios. Este no se halla ante Dios como un esclavo, en el temor servil, ni como el mercenario en busca de un jornal, sino como un hijo que responde al amor del «que nos amó primero» (1 Jn 4,19):

«O nos apartamos del mal por temor del castigo y estamos en la disposición del esclavo, o buscamos el incentivo de la recompensa y nos parecemos a mercenarios, o finalmente obedecemos por el bien mismo del amor del que manda [...] y entonces estamos en la disposición de hijos» (San Basilio Magno, *Regulae fusius tractatae* prol. 3).

1829 La caridad tiene por *frutos* el gozo, la paz y la misericordia. Exige la práctica del bien y la corrección fraterna; es benevolencia; suscita la reciprocidad; es siempre desinteresada y generosa; es amistad y comunión.

«La culminación de todas nuestras obras es el amor. Ese es el fin; para conseguirlo, corremos; hacia él corremos; una vez llegados, en él reposamos» (San Agustín, *In epistulam Ioannis tractatus*, 10, 4).

III. Dones y frutos del Espíritu Santo

1830 La vida moral de los cristianos está sostenida por los dones del Espíritu Santo. Estos son disposiciones permanentes que hacen al hombre dócil para seguir los impulsos del Espíritu Santo.

1831 Los siete *dones* del Espíritu Santo son: sabiduría, inteligencia, consejo, fortaleza, ciencia, piedad y temor de Dios. Pertencen en plenitud a Cristo, Hijo de David (Is 11, 1-2). Completan y llevan a su perfección las virtudes de quienes los reciben. Hacen a los fieles dóciles para obedecer con prontitud a las inspiraciones divinas.

«Tu espíritu bueno me guíe por una tierra llana» (Sal 143,10).

«Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios [...] Y, si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos de Cristo» (Rm 8, 14.17)

1832 Los *frutos* del Espíritu son perfecciones que forma en nosotros el Espíritu Santo como primicias de la gloria eterna. La tradición de la Iglesia enumera doce: «caridad, gozo, paz,

paciencia, longanimidad, bondad, benignidad, mansedumbre, fidelidad, modestia, continencia, castidad» (Ga 5,22-23, vulg.).

FE

DEFINICIÓN

«La fe es garantía (anticipo) de lo que se espera; la prueba de lo que no se ve» (Heb 11, 1). La fe confiere sustancia a la esperanza y, por tal motivo, el futuro, a pesar de las decepciones sufridas, no es para el creyente incierto y angustioso. La fe trasciende lo que se percibe exteriormente y se palpa con las manos, aquello de lo que se puede disponer.

A partir de esta definición de la carta a los Hebreos, Sto. Tomás de Aquino da una definición de la fe como virtud, un conocer por una motivación voluntaria. La fe es un acto de la inteligencia movida por la voluntad. Las cosas esperadas por nuestra voluntad son el bien. El Bien prometido «está» en nosotros y nuestro deseo hacia él se despierta como fruto de la eficacia de la Palabra, de la Promesa, de la predicación del Evangelio. Por otro lado, la fe se relaciona con la inteligencia. El deseo del Bien no es todavía la fe. El deseo del Bien es la fuente de la fe. La fe inaugura el conocimiento perfecto de Dios, en el que consiste la vida eterna. Así, «la fe es un hábito de la mente por el que se inicia en nosotros la vida eterna, haciendo asentir al entendimiento a cosas que no ve»²⁰.

Según el Concilio Vaticano II, haciendo un resumen de sus textos, puede decirse que la fe es el homenaje total, libre y personal del ser humano que, bajo la acción de la gracia, se entrega a Dios que le habla y da su asentimiento a esta Palabra. A la luz y bajo la acción del Espíritu Santo que actualiza la Verdad de la Revelación en el corazón y en la inteligencia del creyente, éste se convierte a Dios, siendo dócil a la acción constante del Espíritu que le perfecciona con sus dones.

DIOS EN LA HISTORIA

El Antiguo Testamento nos presenta la historia de un Dios que se ha fiado del hombre y que busca a un hombre que se fie de Él. Esto es un reconocimiento de la intervención salvífica de Dios en la historia, aunque trasciende la historia. Es una fe vivida y, al reconocer la presencia de Yahvé, la fe bíblica aparece como capacidad para interpretar la historia y su desarrollo.

Abraham es una buena representación de lo que es la fe: un discernir y encontrar en la propia historia la presencia de Dios. Él se fie de una promesa, de una palabra, que se ha

²⁰ Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica* II-II, 4, 1.

convertido para él en una experiencia en la que se apoya y sobre la que construye su vida y su futuro.

Una fórmula bíblica que aparece como hilo conductor entre los dos Testamentos es que «el justo vive de la fe» (Hab 2, 4; Rm 1, 17; Gal 3, 11; Heb 10, 38).

DIOS EN JESUCRISTO

En Jesucristo, Dios interviene de forma definitiva y exige que el ser humano realice una opción decisiva. En Jesús llega y se hace presente el Reino de Dios y Dios acredita a Jesús como *Kyrios*.

La fe tiene un objeto preciso: «Cristo muerto por nuestros pecados según las Escrituras, sepultado, resucitado al tercer día, según las Escrituras, aparecido a Pedro y a los doce» (1 Co 15, 3-5). La fe es la respuesta a esto, al kerigma. Dios interviene en la vida, muerte y resurrección de Jesús, así como en el don del Espíritu, con una intención salvadora pidiendo una decisión, una respuesta total por parte del ser humano. Este kerigma se expresa a través de la predicación apostólica²¹, los formularios de fe²², las profesiones de fe²³ y los himnos de origen litúrgico²⁴ tendiendo a constituir a la Iglesia como comunidad de salvación y mediadora de la fe, desarrollar el acontecimiento de la salvación y suscitar y desarrollar toda la vida cristiana a la luz de la doctrina ética que emana del Evangelio. Así, el kerigma, siendo la Palabra de Dios, reveladora y creadora, ilumina la inteligencia y suscita la libre decisión del hombre para que reconozca que Dios le salva en Jesucristo y, a su vez, engendra las mediaciones comunitarias, doctrinales y culturales susceptibles de favorecer el encuentro inmediato con Dios, la referencia de toda la existencia de la Verdad de Dios que se da y se revela en Jesucristo.

Esta fe en Jesús resulta decisiva para la posición del hombre frente a Dios, pues implica la aceptación total de la persona y del mensaje de Jesús, así como el principio de la conversión. La necesidad de la fe aparece de forma original precisamente para que creamos en Jesús y creyendo tengamos vida en su nombre²⁵. El ser humano debe tomar partido a favor o en contra de la verdad, cuyo testigo y revelador es el Hijo de Dios²⁶. Por eso, creer en Dios equivale a creen en el

²¹ Hch 2, 22-26; 3, 12-26; 4, 8-12; 5, 29-32; 8, 30-35; 10, 34-43; 13, 23-41.

²² 1 Co 15, 3-8; 1 Tes 4, 14; Gal 3, 1; Rm 1, 3-4; 6, 9; 7, 4; 8, 11.34.

²³ Ro 4, 14-25; 10, 9; 1 Tes 1, 9-10.

²⁴ Flp 2, 7-11; 1 Tim 3, 16; Ef 5, 14.

²⁵ Jn 20, 31.

²⁶ Jn 14, 6.

Hijo²⁷. El Padre es la fuente de la vida, de la gloria, de la luz, de la verdad que se comunica al Hijo y al Espíritu y, por ellos, a los hombres. La fe da acceso a la verdad haciéndonos conocer al Padre por el Hijo en el Espíritu. Consecuencia de esto es que quien tiene fe no puede dejar de hablar²⁸; porque creemos, hablamos²⁹; proclamamos la Palabra³⁰. ¡Ay de nosotros si no predicamos el Evangelio!³¹

JESÚS CONDUCE AL PADRE

Encontrarse con Jesús es encontrarse con Dios³². Dios, desde el comienzo de la creación, ofrece un testimonio de sí mismo y en Jesucristo ha dicho su palabra definitiva contando a los hombres su intimidad, llevando a plenitud toda la revelación y confirmando con testimonio divino³³. Jesús de Nazaret es el testigo del Padre, pero no es el término de la fe, sino que orienta y conduce más allá de sí mismo al Dios invisible, verdadera meta del ser humano, objeto de la fe.

Cuando decimos que Dios es el objeto de la fe queremos expresar que Dios es quien da todo su sentido y valor a la fe porque Él es aquel en el que creemos; porque es la causa y el motivo del creer; porque es la meta de nuestra vida. Por tanto, para creer en Dios es necesario conocer a Dios. Y para conocer a Dios, única Verdad, implica conocer una serie de «verdades» (dogmas) a través de los cuales conocemos y alcanzamos la Realidad que en ellos se expresa, una realidad que siempre es mayor que todas sus expresiones (formuladas según la época, cultura y lenguaje del momento).

LA OBRA DEL ESPÍRITU SANTO

Por Jesús vamos al Padre en el Espíritu. La fe, entendida como encuentro, es posible porque Dios toma la iniciativa; es obra de la gracia, de la acción del Espíritu Santo, que ilumina el corazón del ser humano y le invita a creer.

La fe es un don de Dios, que se da a conocer al ser humano por pura gracia. Y esto tanto más cuanto lo que Dios da a conocer sobrepasa las capacidades de conocimiento, de deseo y de

²⁷ Jn 14, 1.

²⁸ Hch 4, 20

²⁹ 2 Co 4, 13.

³⁰ 2 Tim 4, 2.

³¹ 1 Co 9, 16.

³² Jn 1, 18.

³³ *Dei Verbum*, 3-4.

amor del ser humano³⁴. Esta revelación de Dios se realiza mediante la humillación hasta la cruz de Jesucristo. Por ello, reconocer a Dios en Jesucristo es el triunfo de la Verdad sobre la simple mirada humana.

Por otro lado, Dios aparece en Jesús como un Dios oculto porque el hombre no sabe mirar. El hombre se niega a escuchar, porque sólo quiere escucharse a sí mismo, se resiste a que nadie le diga lo que tiene que hacer. El hombre no quiere deberse a nadie. Aspira a ser señor de sí mismo y a convertirse en norma de todas las cosas. Esto explica que para que surja la fe no basta con la manifestación de Dios en Jesús. Esta revelación debe ir acompañada del don interior de la gracia, que invita a aceptar la verdad, ilumina la inteligencia y dispone la libertad del ser humano para que acoja a la verdad.

Pero la fe es una gracia de Dios. En el origen, el desarrollo y la vida de fe, Dios tiene la iniciativa. Esto no significa que Dios fuerce al ser humano, anulando la libertad, sino que hay que entenderla como una seducción (inspiración³⁵) del corazón.

La fe es obra del Espíritu de Dios, pero es la persona la que cree. La fe es una respuesta personal, libre por naturaleza y digna del ser humano. Igualmente, si la gracia posibilita y provoca la decisión personal y libre, no anula a la razón, sino que la integra incitándola a la búsqueda de la credibilidad de los misterios creídos. Pues si la fe no es fruto de la razón, tampoco es contra ella. La fe supone a la razón como la gracia supone a la persona humana³⁶. Para el creyente, fe y razón se necesitan y se potencia.

Santo Tomás de Aquino³⁷ ofrece una explicación teológica precisa de por qué la fe es infundida al hombre por Dios. Para que se dé la fe se requieren dos condiciones: la proposición de lo que hay que creer a través de la predicación del Evangelio y el asentimiento del oyente a lo que se le propone. Respecto a la primera es necesario que la fe venga de Dios, porque las verdades de fe exceden la razón humana. En la segunda se puede considerar una doble causa: los signos de la fe (exterior) y que haya en la persona un principio sobrenatural (interior). Por todo esto, la fe, para prestar un asentimiento, que es un acto principal, proviene de Dios, que desde dentro mueve al hombre por la gracia.

³⁴ 1 Co 2, 9.

³⁵ Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, 2, 9.

³⁶ Sto. Tomás de Aquino, *De Veritate*, 14, 9, ad 8.

³⁷ Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, 6, 1.

ESPERANZA

«El deseo del hombre no descansa o reposa en el conocimiento que da la fe... Cuando se tiene fe, aún reside en el alma un movimiento hacia alguna cosa, a saber, para ver perfectamente las cosas que se creen y alcanzar los medios de llegar a esta verdad... Esta es la razón por la que después de la fe es necesaria la esperanza para la perfección de la vida cristiana.»³⁸

EL CONTENIDO DE LA ESPERANZA

Dios se promete a sí mismo: «Yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo.»³⁹ Esta dimensión teologal culmina en el Nuevo Testamento y cobra una dimensión cristológica: «Dios nuestro Salvador y Cristo Jesús nuestra esperanza.»⁴⁰

Afirmaciones:

1. Si la esperanza es una virtud teologal es porque tiene a Dios como meta y término. Un Dios soberanamente amante y amable. Dios se da por entero, pues «de Dios no se puede esperar un bien menor que Él.»⁴¹
2. El ser humano tiene una capacidad insaciable; es «capaz de Dios»⁴². Sólo se conforma con todo. Busca la felicidad: «el hombre no puede no querer ser bienaventurado»⁴³. La felicidad es sentirse saciado en todos los aspectos y dimensiones en el encuentro con Dios.
3. Pero a Dios en este mundo siempre le encontramos de forma imperfecta, nunca le vemos «cara a cara». De ahí que el objeto de nuestra esperanza está más allá de este mundo: «esperamos lo que no vemos»⁴⁴; la felicidad escatológica. Ahora bien, no podemos entender el «ver» de una manera estática, sino en convivencia, comunión interpersonal, participación de su vida y gozar de su compañía.
4. Nuestra esperanza tiene una impronta cristológica; es decir, sólo a través de Cristo alcanzamos al Padre: «nadie va al Padre sino por mí»⁴⁵. La humanidad de Cristo es

³⁸ Sto. Tomás de Aquino, *Compendio de Teología*, II, 1.

³⁹ Jer 31, 33; Ez 36, 28.

⁴⁰ 1 Tim 1, 1.

⁴¹ Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, 17, 2.

⁴² Sto. Tomás de Aquino, *De Spe*, 1, ad 5; *De Veritate*, 14, 10, obj. 2.

⁴³ Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, I-II, 5, 4, ad 2.

⁴⁴ Rm 8, 24-25; 2 Co 5, 6-7; 1 Co 13, 12; 1 Jn 3, 2.

⁴⁵ Jn 14, 5; 12, 45; 14, 9.

siempre y en toda condición el sacramento, la necesaria mediación, del encuentro con Dios.

5. Estar con Dios o ver a Dios es el contenido de nuestra esperanza. La teología utiliza una fórmula neotestamentaria: «la vida eterna»⁴⁶. Ésta es Dios mismo, el único que posee en plenitud la Vida; pero, también, es la participación por el ser humano de la vida de Dios. De ahí que esperar en Dios es esperar nuestro bien, nuestra felicidad, nuestra gloria. El hombre, considerado como tal, está privado de la gloria de Dios⁴⁷, pero el cristiano puede «glorificarse en la esperanza de la gloria de Dios»⁴⁸, «gloria que ha de manifestarse en nosotros»⁴⁹. En el encuentro con Dios, todas las dimensiones del ser humano, incluidas sus dimensiones mundanas, corporales y sociales, quedan plenificadas⁵⁰.

EL MOTIVO DE LA ESPERANZA

La posibilidad es lo que distingue la esperanza del deseo. La esperanza tiende a un bien como algo que es posible alcanzar, pues en su naturaleza incluye cierta seguridad de conseguirlo⁵¹. Esta posibilidad de la esperanza no se fundamenta en nuestro propio poder, sino en un poder ajeno a nosotros: la omnipotencia y la misericordia de Dios⁵².

El amor de Dios

En el dar el ser a lo que no existe⁵³ comienza a manifestarse el amor de Dios y su poder. El amor o misericordia es un acto libre; «no existe necesidad exterior alguna que motive su actuación creadora, ni coacción alguna que la determine»⁵⁴. La razón de la creación es el amor. En el misterio de la creación está el fundamento del amor de Dios a su criatura⁵⁵.

Pero, por otro lado, el amor de Dios se ha manifestado de forma definitiva en Jesucristo. Esperamos con una certeza inquebrantable porque Dios nos ha amado y nos ama en Jesucristo⁵⁶.

⁴⁶ 1 Jn 2, 25.

⁴⁷ Rm 3, 23.

⁴⁸ Rm 5, 2.

⁴⁹ Rm 8, 18.

⁵⁰ GELABERT, M., *Jesús, revelación del misterio del hombre*, San Esteban - Edibesa, Salamanca - Madrid, 2001 (3ª ed.), pp. 253-256.

⁵¹ Sto. Tomás de Aquino, *De Spe*, 1.

⁵² Sto. Tomás de Aquino, *De Spe*, 1; *Suma Teológica*, II-II, 18, 4, *ad 2* y *ad 3*; 21, 1 y 4.

⁵³ Rm 4, 17.

⁵⁴ MOLTMAN, J., *Dios en la creación*, Sígueme, Salamanca, 1987. p. 89.

⁵⁵ Juan Pablo II, *Dives in misericordia*, 4 k.

⁵⁶ Rm 8, 31-39.

Poseemos ya las primicias de este amor; es más, este amor nos ha sido dado con el don del Espíritu, que nos asegura que somos amados y que amamos⁵⁷. Esto es que si la esperanza tiene que ver con el «más allá», su fundamento está en el «más acá», en la experiencia de un Dios que nos acompaña en nuestra realidad creada y garantiza el cumplimiento de nuestros más profundos deseos. Es decir, «es la densidad religiosa del presente, o sea, el vivir hoy en comunión con Dios, lo que da todo su sentido a la esperanza cristiana.»⁵⁸

El poder de Dios

Antes decíamos que en la creación comienza a manifestarse todo el poder de Dios. Y es así porque «el poder de Dios se manifiesta en que primeramente hace las cosas de la nada y, luego, las hace como quiere.»⁵⁹

Precisamente este poder que hace que surja el ser del no ser (crear de la nada), manifestación del omnímodo poder de Dios, es el mejor argumento para afirmar su poder de resucitar muertos⁶⁰. La fe en la creación de la nada se muestra así «como una verdad llena de promesa y esperanza»⁶¹. La maravilla de la vida hace creíble la posible maravilla de la resurrección.

El poder de Dios que resucita a Jesús

La memoria de las acciones poderosas de Dios sostiene la esperanza del pueblo de Israel y la mantiene viva⁶². El pueblo cristiano celebra la memoria de la resurrección de Jesús; la más maravillosa de las acciones de Dios.

En la resurrección de Jesús se manifiesta el paradójico poder de Dios, que se manifiesta en la tribulación⁶³ y se despliega en la debilidad⁶⁴. Es el signo anticipador definitivo de que las promesas de Dios se cumplirán, siendo Jesús la primicia.

⁵⁷ Rm 5, 1-11; Gal 4, 4-7.

⁵⁸ SCHILLEBEECKS, E., *Cristo y los cristianos*, Cristiandad, Madrid, 1983, p. 784.

⁵⁹ Teófilo de Antioquía, *A Autólico*, II, 13.

⁶⁰ 2 M 7, 22-23.28. También escritos de los primeros cristianos como, por ejemplo, Teófilo de Antioquía, Tertuliano, Cirilo de Jerusalén o Agustín.

⁶¹ CCE n. 297

⁶² Dt 4, 9; 6, 12; 7, 18; 8, 18.

⁶³ Rm 5, 3.

⁶⁴ 2 Co 12, 9-10.

Dos cosas importantes sobre la resurrección que tienen que ver con la esperanza en el «más allá» y con su vivencia en el «más acá»:

1. La resurrección no es un correctivo de la cruz. Es la autenticación de una vida. Manifiesta el fracaso del mundo y que el camino de Jesús es el bueno. En la resurrección, Dios da la razón a Jesús, por lo que no se puede separar del camino que puede terminar en la cruz y nos remite a ese camino. Esperar la resurrección es creer que hay un camino que ahora y aquí tiene valor por sí mismo y que es la manifestación de la meta.
2. En el seguimiento de Cristo es donde uno comprende y experimenta la validez y el realismo de la esperanza. La resurrección de Cristo invita a volver la mirada a la tierra para anticipar en este mundo aquello que esperamos. Abre la esperanza de una vida imperecedera en comunión con Dios.

EL SUJETO DE LA ESPERANZA

El ser humano es un ser finito que no se conforma con su finitud y anhela un bien mejor. Aquél es el sujeto de la esperanza en cuanto ser inteligente, finito y temporal. Ahora bien, igual que el acto de fe es personal, pero tiene una dimensión eclesial, así la esperanza tiene una dimensión comunitaria en un doble sentido. Primero, porque lo esperado es un bien que no sólo me alcanza a mí, sino que es para toda la humanidad. Segundo, porque la existencia de quien espera es en todo momento coexistencia. Las personas amadas no nos son extrañas ni ajenas; son como una prolongación de uno mismo y puede uno esperar y desear algo para el otro como para uno mismo⁶⁵. Por tanto, quien espera es el ser humano con todas sus fuerzas (inteligencia, voluntad, afectividad...), pero también con sus dimensiones sociales y mundanas, lo que nos pide tomar conciencia de nuestras responsabilidades y comprometernos en favor de tantas víctimas de guerras, enfrentamientos e injusticias sociales. El creyente puede esperar en un Dios que hará justicia a las víctimas y anunciarlo, consciente de que la credibilidad de este anuncio se juega en su compromiso a favor de tales personas. La esperanza teológica no puede existir separada de la caridad.

⁶⁵ Sto. Tomás de Aquino, *Suma Teológica*, II-II, 17, 3.

CARIDAD

Para comprender bien la caridad hay que partir, primero, diciendo que no es una actitud ética, sino una virtud teologal. Es decir, su objeto, su razón de ser y su meta es Dios y, como un plus, se dirige también al prójimo, en la medida en que en el prójimo está Dios. Por otro lado, como segunda aclaración, la caridad es la esencia misma de la moralidad cristiana, siendo la teología moral la ciencia de la caridad. Sto. Tomás de Aquino⁶⁶ dirá que la caridad es la forma, el motor y la raíz de las virtudes.

LA CARIDAD ES...

Basada en el testimonio del Evangelio y en la experiencia y catequesis de la Iglesia, la caridad es la verdadera y más perfecta forma del amor por la que el hombre ama a Dios por sí mismo y al prójimo (así como a sí mismo) por Dios y en Dios⁶⁷. Luego el ser humano es un ser no sólo capaz de amar, sino también un ser que se realiza en y por el amor. La caridad es amar.

«Por la que el hombre ama a Dios por sí mismo.» La caridad es amor absoluto del Bien absoluto; es identificación afectiva con el Bien divino en sí mismo y por sí mismo (por encima de todas las cosas y ordenando a él todas las cosas); y, es amor a las criaturas en la medida en que se relacionan con y participan del Bien divino. La caridad supone, pues, la participación en la comunión trinitaria. Un don que suscita una capacidad divina de amar y hace surgir en el ser humano una exigencia íntima de realizarse según el amor de Dios en su perfección divina.

«Amar al prójimo (así como a sí mismo) por Dios y en Dios.» El amor por Dios es un amor universal que alcanza a todos los seres humanos en virtud de su origen y de su destino divino. Nos previene contra un amor que estaría basado únicamente en la amabilidad del otro y nos anima a imitar el amor universal de Dios, el cual es capaz de amar a los enemigos⁶⁸. Amar por Dios es una exigencia de realismo y compromiso. De otra parte, amar en Dios significa que el otro se convierte en prójimo en virtud de la comunicación de los bienes divinos y merece ser amado en virtud de una amabilidad intrínseca (la presencia de Dios). Este es el aspecto de amistad, de intimidad, de comunión fraterna, de universalidad.

⁶⁶ *De Caritate* a. 3; *Suma Teológica*, II-II, 23, 8.

⁶⁷ Cfr. CCE n. 1822.

⁶⁸ Mt 5, 43-48.

La caridad es amor de los unos con los otros, pues el ser humano es capaz de amar y de ser amado de forma real y universal alcanzando a todos los seres humanos y a todas las formas del amor⁶⁹.

AMAR A DIOS SOBRE TODAS LAS COSAS

¿Qué es lo que Dios quiere del ser humano? ¿Cuál es el mandamiento mayor?⁷⁰ «Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas.»⁷¹

1. Se trata de un amor que responde al amor previo, gratuito y fiel de Dios hacia su pueblo.
2. El amor a Dios es un hecho personal y que totaliza la experiencia del hombre.
 - a. Una experiencia y un compromiso personalísimo (*tú* Dios).
 - b. Es un mandamiento total porque abarca la totalidad de la persona.
3. Tiene implicaciones éticas y sociales; exige una actitud de justicia.

Es amar a Dios sin reservarte nada (con todo el corazón), ni siquiera el dinero (con todas tus fuerzas), hasta dar tu vida por Dios (con toda tu alma).

Dios es amor

El amor a Dios es posible porque Dios ama primero. Y ama primero porque Dios es Amor⁷². Dios y el amor son inseparables y se califican el uno al otro. Dios no posee el amor, sino que Dios es Amor. Es más, el amor no es una actividad de Dios entre otras como crear, juzgar, gobernar..., sino que el amor es la razón de ser, el motivo de todo lo que hace. El Amor es Dios mismo. Y, un Dios así sólo se descubre en Jesucristo.

La revelación del amor de Dios

Cristo es la revelación del amor de Dios y del amor que es Dios.

⁶⁹ GELABERT, M., *Para encontrar a Dios*, San Esteban – Edibesa, Salamanca – Madrid, 2002, p. 217.

⁷⁰ Mt 22, 36

⁷¹ Dt 6, 5; Mt 22, 38; Mc 12, 29.

⁷² 1 Jn 4, 8.16.

1. Porque Dios ama y quiere salvar al mundo envía a su Hijo⁷³ para que nos revele el amor de Dios. Confesando a Jesús como Hijo de Dios podemos decir que «nosotros hemos conocido y hemos creído en el amor que Dios nos tiene»⁷⁴.
2. El momento culminante del amor de Dios en la muerte y resurrección de Jesús. El amor auténtico comporta siempre una entrega de sí mismo, sin límite, sin reservarse nada, hasta el don de la vida. El Padre ama y da al Hijo a los hombres; el Hijo da la vida, su vida, en obediencia amorosa al Padre y en provecho de los hombres.⁷⁵

En el envío del Hijo por parte del Padre se ve que el enviado en ningún momento aparece separado del que le envía⁷⁶. Por tanto, cuando Jesús ama a los hombres y da su vida por ellos, a través de Jesús les alcanza el amor del Padre⁷⁷. Es más, cuando Jesús entrega su vida no sólo se manifiesta el amor de Dios a los hombres, sino también el amor que es Dios. Jesús entrega su vida en obediencia al Padre⁷⁸, pero una obediencia basada en el amor. Jesús obedece porque el Padre le ama y él ama al Padre. De esta manera se evidencia la reciprocidad mutua y la profunda unidad, resultado de unas relaciones íntimas del amor que desde siempre existe en el seno de la Trinidad. En todo esto se inaugura ya la perfecta respuesta de Amor que todo ser humano está llamado a dar al Amor previniente de Dios.

Si permanecemos en el Hijo⁷⁹ (actitud fundamental de la existencia cristiana), Él mismo nos introducirá en la intimidad del Padre. En esta reciprocidad⁸⁰ se basa la gratuidad del amor divino y la motivación para amarlo. Pero esta reciprocidad también exige una perfecta respuesta por parte del ser humano que no sólo se puede quedar en permanecer en el amor de Dios, sino que se tiene que ver reflejada en las relaciones de los seres humanos entre ellos. La reciprocidad del amor de Dios nos hace a los seres humanos seres dignos de amor, amigos de Dios, capaces de dar una respuesta de amor porque el Amor de Dios es un amor transformador, convirtiéndonos en una nueva criatura, una nueva existencia, una nueva vida gracias a la intervención del Espíritu Santo, principio de esta vida nueva que hace del creyente un hijo de Dios.

⁷³ 1 Jn 4, 9-10; Jn 3, 16-17.

⁷⁴ 1 Jn 4, 16.

⁷⁵ Teología Joánica: Jn 3, 16; 15, 13; 1 Jn 3, 16.

⁷⁶ Jn 8, 29; 10, 38; 14, 11; 16, 32; 17, 21.

⁷⁷ Jn 14, 9

⁷⁸ Jn 10, 17-18.

⁷⁹ Jn 15.17.

⁸⁰ Jn 15, 9-10.

AMAR AL PRÓJIMO COMO A UNO MISMO

Aunque el objeto de la caridad es amar a Dios, por lo que es una virtud teologal, Dios es quien nos mueve a amarle a Él, a amar al prójimo y a amarnos a nosotros mismos. Hagamos dos aclaraciones:

1. Amar al prójimo por Dios no es un amor instrumental. Amar por Dios es amar a los seres humanos en virtud de su origen y destino divino. La caridad nos impulsa a amar a todos porque en ellos está Dios.
2. Los cristianos somos imitadores de Dios, viviendo en el amor. Jesús es nuestro mejor modelo y realización. La máxima identificación con Dios se alcanza en el amor al enemigo⁸¹ porque es el amor más gratuito y desinteresado.

El prójimo

Las estructuras y dimensiones sociales, técnicas e históricas de la caridad dificultan la inmediatez del encuentro con el prójimo.

En los evangelios se ve que los encuentros con el prójimo son cercanos, personales, próximos entre las personas necesitadas y las que les socorren. Desde un punto de vista cristológico cuando yo me acerco me convierto en Cristo para él, me identifico con Cristo; pero, a la vez, yo me encuentro a Cristo en él. Pero sucede que en nuestro mundo, cada vez más estructurado y burocratizado, las relaciones han dejado de ser personales y se dan a través de instituciones, muchas sin una explícita intencionalidad religiosa. Es decir, nos relacionamos con mediaciones sociales; con el socio. Ante esto podríamos encontrarnos condenando al mundo moderno como un mundo sin prójimos, deshumanizado por las relaciones abstractas, anónimas, lejanas; pero, también, nos podrían encontrar a los cristianos como aquellos que anuncian un Evangelio como antimoderno. Luego a la vista de todas las mediaciones sociales surge la pregunta: «¿quién es mi prójimo?»⁸² El prójimo y el socio son las dos caras de la misma moneda.

Ahora bien, reducir la teología de la caridad a la posibilidad de encuentros personales significa olvidar las dimensiones universales de la caridad. Con frecuencia la institución es el camino de la amistad. Pero es más, con frecuencia alcanzamos al prójimo bajo una condición

⁸¹ El amor al enemigo adopta estas cuatro actitudes: 1) no hacerle mal, 2) no desearlo mal, 3) desearle bien y 4) estar dispuesto, si la ocasión lo presenta, a hacerle bien (GELABERT, M., *Para encontrar a Dios*, San Esteban – Edibesa, Salamanca – Madrid, 2002, p. 244).

⁸² Lc 10, 29

común que toma la forma de desgracia colectiva. Entonces, la caridad alcanza su objeto cuando encuentra al cuerpo social sufriente. Luego pensar hoy en el prójimo es también crear instituciones, donde también son posibles los encuentros personales.

El problema, por tanto, no está en las instituciones, sino que a veces dichas instituciones están penetradas de una mentalidad inhumana a fuerza de ser anónima y, entonces, hay que estar dispuesto a criticar a esas instituciones. El tema del prójimo es una llamada a la toma de conciencia para el buen uso de la máquina, de la técnica, de los aparatos administrativos, de la seguridad social. La teología de la caridad lo que denuncia es la pretensión que lo político y lo económico tienen de agotar todas las relaciones humanas. Así, las instituciones están al servicio de las personas.

El prójimo es la doble exigencia del (y de lo) cercano y del (y de lo) lejano. El samaritano del evangelio de Lucas es próximo porque se aproxima; y es lejano porque trata con uno que no es de los suyos. La caridad exige estar al servicio del ser humano en su situación individual, personal, pero también histórica y social empleando siempre los medios más adecuados.

La caridad y las dimensiones de la vida

La caridad alcanza todas las dimensiones de la vida y tiene un alcance universal. El primer fruto del Espíritu⁸³ es el amor, el cual inspira una nueva ética que reclama una justicia mayor. El amor se presenta como un nuevo principio interior de bondad que orienta al ser humano hacia la búsqueda y el deseo del bien; inspira la solución de todos los conflictos⁸⁴ y dificultades en la convivencia. Los cristianos nos encontramos frente a problemas y situaciones que piden una respuesta a la luz de la Palabra divina conjugada con la conciencia y el amor a servir para iluminar y orientar aquellos conflictos y dificultades. Esto es el desarrollo de una ética evangélica, una ética de la responsabilidad asumida bajo la luz y el dinamismo del Amor. Por esto, la caridad debe ser considerada como el motor y el fin de la vida moral, pues sólo ella procura a los actos humanos su bondad fundamental, ya que los mueve y orienta hacia su fin último.

Caridad y Justicia

Hoy en día aún existen corrientes que oponen caridad y justicia con el pretexto de que la segunda simboliza el orden de cosas superado por el amor evangélico. Otras veces, las oponen

⁸³ Gal 5, 22.

⁸⁴ Sociales, políticos, económicos...

porque algunas maneras de entender la caridad parecen una especie de excusa para ocultar la falta de justicia. Sin embargo, estas dos virtudes no se refieren a dos terrenos extraños el uno al otro. No se pueden separar, pues la caridad supone la justicia y ésta alcanza su plenitud en el amor.

La vida teologal eleva y amplía el concepto de justicia en un doble sentido: 1) la caridad tiene un alcance universal en el que nadie está excluido del amor cristiano; 2) el mandamiento del amor orienta la vida humana hacia la justicia mayor⁸⁵. Esto es, primero, no se da a cada uno lo «suyo» de manera individual, sino social y universal; segundo, el dar a cada uno lo «suyo» no reside en la intención del que da, sino en el derecho del que recibe. Luego la justicia sola no es suficiente para el logro de una auténtica humanidad «si no se le permite a esa forma más profunda que es el amor plasmar la vida humana en sus diversas dimensiones»⁸⁶. «No hay ley humana que pueda garantizar la dignidad personal y la libertad del hombre con la seguridad que comunica el Evangelio de Cristo.»⁸⁷

DAR LA ESPALDA A LA CARIDAD

El ser humano es un ser creado para el amor y cuando nos oponemos al amor pecamos, nos apartamos de Dios, del prójimo y de nosotros mismos. Santo Tomás, en la Suma Teológica, va estudiando los vicios contrarios a la caridad: odio, aburrimiento, envidia, discordia, disputa, cisma, guerra, riña y sedición. Hoy, en una dimensión histórica y social, estos pecados opuestos al amor nos harían preguntar por:

1. ¿Cuál es el rostro concreto que asume el odio en el mundo?
2. ¿Cuáles son las dimensiones sociológicas, políticas y culturales de la violencia?
3. ¿Cuáles son las discriminaciones producidas a causa de la inmigración o la pobreza?
4. ¿Cuáles son las diferentes formas concretas de discordia, discriminación, prejuicios e incompreensión?

«El ideal de normalidad ganaría si se aproximase al mensaje evangélico: todo hombre está llamado a superarse accediendo al amor y a la benevolencia, al amor como amistad y don de sí.»⁸⁸

⁸⁵ Mt 5, 20.

⁸⁶ San Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*, 12.

⁸⁷ *Gaudium et Spes*, 45.

⁸⁸ GELABERT, M., *Para encontrar a Dios*, San Esteban - Edibesa, Salamanca - Madrid, 2002, p. 272.

Trabajo terminado el:

7 de octubre de 2014

Fiesta de Ntra. Sra. la Stma. Virgen del Rosario

Madre de la Orden de Predicadores